

## Lo inhabitante

ÉRIC GONZÁLEZ GUZMÁN

“Des de que estem tancats a casa,  
s’ha aguditzat la sensació d’estar a la intempèrie”

Enric Casasses<sup>3</sup>

### Inhabitante

En este significante que propone Lacan en el *Seminario 10* cuando de manera sucinta, breve y reveladora comenta el texto de Freud *Lo Ominoso*, en esta palabra “inhabitante” (Lacan, 2006: 87), encontramos dos dimensiones o magnitudes que nos interesan para orientarnos en algunos aspectos, que hemos podido despejar, de lo que se pone en juego en la clínica del aislamiento generalizado y su sostenida angustia, a la que nos vemos confrontados, en la actual pandemia, causada por el contagio del nuevo virus: COVID-19.

Decimos que encontramos allí dos dimensiones o magnitudes, porque en este significante se entrecruzan las magnitudes, del tiempo (ya que el significante inhabitante Lacan lo opone a inhabitual, y lo habitual es una operación que es resultado del “conocimiento” de lo que alguna

---

<sup>3</sup> El poeta catalán Enric Casasses publicó durante la cuarentena una nota suya en Twitter en la que se leía: “Desde que estamos encerrados en casa, se ha agudizado la sensación de estar a la intemperie”.

vez fue nuevo) y el espacio (siendo esta la dimensión que toma más peso ya que hace referencia al “hábitat”), en sus relaciones con la repetición, lo consabido, y lo desconocido, lo sorprendente.

¿Con qué nos encontramos cuando nos vemos destinados a permanecer en el espacio que solemos denominar casa, hogar, vivienda? En este punto, una parte de mi práctica clínica que podríamos definir como *outdoor*, me obliga a añadir aquí un matiz para no olvidar que para algunos sujetos, eso que solemos denominar casa-hogar-vivienda se trata de una pura intemperie, ya sea literal, referida a la falta de casa, o un efecto como tal de las alteraciones en relación a las dimensiones del Otro despejadas por el operador NdP, tal como nos muestra Lacan mismo en el *Seminario 5* (Lacan, 2005: 165-183). También me gustaría añadir que esta sensación de intemperie no es patrimonio exclusivo de los vagabundos o de las psicosis; encontramos en las experiencias vitales de quienes han hecho languidecer al sentido, ya sea por la vía del arte, de la guerra, o de la experiencia más novel en el mundo hiperconectado, de las pantallas multiplicadas *ad infinitum*, fenómenos de deslocalización al respecto de esa vieja idea del refugio, del hogar, de lo *heimlich*. Si llevamos aún más lejos esta idea, y si de lo que se trata en el *parlêtre*, a partir de ciertos momentos históricos, es de la errancia del Uno, incluso, si uno de los efectos de la interpretación psicoanalítica es la del aislamiento, la del recorte del desacuerdo entre el significante amo y su subalterno, el despejado de su desproporción, tenemos como uno de los efectos la imposibilidad en la constitución de un par ordenado, estructurado a partir de la oposición, de la contrariedad y por lo tanto de su complementariedad, entre lo hogareño y lo inhogareño, que se despliega en dos vertientes por lo menos, entre lo habituable/inhabitable, y lo habitante/inhabitante; y como es imposible traducirlo, también lo dejaremos en alemán, entre lo *heimlich*, y lo *unheimlich*. La cuestión central es ver entonces cómo en lo más íntimo, como lo puede ser el hogar, encontramos ahí justamente lo ominoso, lo siniestro, lo ajeno,

en forma de presencia, y no de ausencia. Este diremos, es un hilo rojo en el Seminario sobre La Angustia que nos puede servir de brújula para los tiempos actuales.

## El marco temporal de Lo Siniestro y las vivencias de su alteración

En 1913, antes de desatarse el conflicto bélico entre el imperio Austro-húngaro y Serbia que sentaría las bases para la Primera Guerra Mundial, Sigmund Freud publicaba “Tótem y Tabú”. Allí Freud trae una serie de ejemplos que se encarga de designar como Neurosis Obsesivas, y que nos sirven para seguir en la línea abierta en el punto anterior, de recordar que las alteraciones temporo-espaciales no son patrimonio de las psicosis. En estos sujetos tratados por Freud (2006: 1801-1804) y puestos en serie en un apartado del texto, se producen por la vía de “la omnipotencia de las ideas” fenómenos de vivencias extrañas en relación con el tiempo, que suelen derivar en interpretaciones supersticiosas. Un hombre, por ejemplo, una mañana se levanta pensando en una persona, y esa misma tarde se la encuentra, otro hombre neurótico llega a maldecir a alguien en pensamientos y esa persona acaba muriendo. Estos sujetos, debido a este tormento derivado de un cierto funcionamiento extraño en la experiencia lineal del tiempo, comienzan a estar perseguidos por el peso de esta omnipotencia de las ideas, que no puede producir otra cosa más que el sentimiento angustioso de “lo ominoso”. Así lo señala Freud en una nota a pie de página, lo que le hace pensar a Strachey que ya para entonces había comenzado a escribir su texto sobre dicha temática. Un texto que por lo que se encuentra en la correspondencia entre Freud y Ferenczi, fue abandonado por la inhibición fruto de la experiencia vital durante el conflicto bélico, y retomado casi sobre su final, en 1919, cuando fue publicado. Sin embargo, esta noción de la experiencia temporal

de adivinación en esos sujetos, la encontramos reseñada también en *Lo Ominoso*, sobre todo cuando se trata del abordaje de la noción de compulsión de repetición. Cuestión que ubica a este texto entre “Tótem y Tabú” y *Más allá del principio del placer*.

En esa época encontramos a un Freud acorralado, casi sin pacientes. Se le ha desarticulado de una de sus fuentes de inspiración y pasión que es Inglaterra, ya que dicho país se ha convertido en el enemigo. Se dedica al estudio y a la escritura en la medida en que encuentra fuerzas para ello. No puede mantener contacto con aquellos de entre sus discípulos y colaboradores que viven en países del frente aliado. Poco a poco tampoco puede mantener contacto en persona, solo por cartas, con algunos pocos de aquellos que viven en Alemania, Austria, Hungría. Muchos de ellos en el frente de batalla, como sus tres hijos varones.

Puedo decir que he dado al mundo más de lo que me ha dado –escribe Freud en una carta a Ferenczi-. Ahora estoy más aislado del mundo que nunca, y pienso que después seguirá siendo lo mismo como resultado de la guerra. (Sánchez de Muniain, B., 1983: 125).

Quiero añadir un matiz aquí. Estoy al tanto de una práctica que se viene dando en la actualidad, de escritos que insisten en construir una épica en relación a la pandemia que toma como referencias elementos de las épicas bélicas. Mi intención aquí sin embargo es recortar la vivencia en Freud del aislamiento, del distanciamiento social podríamos decir, que constituyó el marco de las reflexiones que se vierten en “Lo Ominoso”; esto es, una experiencia dilatada del hábito de habitar la casa.

Retomando el hilo en relación a esta cuestión queremos resaltar este tono sombrío que encontramos en Freud, efecto de los tiempos que vivía y de dicha amputación a sus circuitos de vida, que se recrudece incluso más cuando se encuentra con la idea, que han ubicado distintos

biógrafos, o incluso más bien, la certeza de que moriría joven. Vemos entonces en el mismo Freud en esos tiempos, la presencia inquietante de una idea omnipotente, que se anticipa al transcurrir del tiempo, sin llegar a tener el tinte aislado por él en “Tótem y Tabú”, de una alteración franca en la experiencia del tiempo. Sin embargo, el esfuerzo de poesía, podríamos decir, que encuentra en la ciencia, le permite abstraerse de esa neurosis mágica que padecían abiertamente sus pacientes reseñados en “Tótem y Tabú”. Incluso reniega después cuando sus críticos establecen que su viraje “pesimista” con la introducción de la pulsión de muerte, se ancla en su propia experiencia del pesimismo y la pérdida (cifrada por ejemplo en la muerte de su hija Sophie en 1920).

En relación con la poética y la ciencia, como ejercicio para mantenerse en lucha, Ferenczi un día se esfuerza en que Freud acepte la comparación que él y otros le ofrecen con Goethe, pero este no se deja convencer. Le dice que es como si juzgara a dos pintores por la forma similar de sostener la paleta y el pincel, sin tener en cuenta la calidad de su obra. Admite, sin embargo, que tienen en común una cualidad: “una especie de valentía a la que no afectan las convenciones” (Sánchez de Muniain, 1983: 126).

Siguiendo esta exploración en el marco temporal en el que se produjo “Lo Ominoso” encontramos un intercambio con Jones, en el que éste en la declinación del conflicto bélico (1918) y previendo para los siguientes años una situación aún más difícil para Freud si permaneciera en Viena, le invita a mudarse a Londres, a lo que Freud le responde lo siguiente:

Continuaré en mi puesto mientras pueda razonablemente seguir en él [...] No me quejaré, aún tengo salud, pero no me tengo por responsable de ninguna de las estupideces del mundo. No recuerdo ningún momento de mi vida en el que el horizonte fuera tan oscuro, o si lo ha habido, yo era entonces más joven y no sufría los achaques de la vejez. Sé que tú también lo has pasado mal y

has tenido experiencias amargas, y siento muchísimo no tener nada bueno que notificarte ni poder ofrecerte consuelo. Cuando nos volvamos a ver, que espero que sea este año, verás que sigo igual y que continúo dando la cara a las emergencias, pero esto sólo con mi sentimiento, mi juicio es pesimista... Estamos viviendo malos tiempos, pero la ciencia es una gran fuerza que le hace mantenerse a uno. (Sánchez de Muniain, 1983: 132-133)

Tal como propuso tempranamente en lo que llama “mi vida cotidiana” en la misma carta en que le anuncia a Ferenczi el re-emprendimiento de la escritura de “Lo Ominoso”, en el capítulo de aquel estudio en el que sobre el final se dedica a diferenciar la interpretación psicoanalítica de lo inconsciente, de las interpretaciones supersticiosas (Freud, 2006: 906-931), este “la ciencia es una gran fuerza que le hace mantenerse a uno”, podemos decir que es el contra-hechizo, un tratamiento contra la auto-sugestión, incluida en la idea de la muerte próxima, cuando apenas en ese entonces tenía Freud 58 años. Es decir, ese “la ciencia”, que es otro nombre para lo que encuentra en común con Goethe, esa especie de valentía a la que no afectan las convenciones, es un nombre para lo que podríamos denominar con Lacan, su deseo, el deseo de Freud, aquello que funda el psicoanálisis.

## Lo Ominoso

El texto de Freud se divide en dos partes. En una de ellas se plantea dar lugar a “pesquisar el significado que el desarrollo de la lengua sedimentó en la palabra alemana *heimlich*”. En la otra a “... agrupar todo aquello que, en personas y cosas, impresiones sensoriales, vivencias y situaciones, despierta en nosotros el sentimiento de lo ominoso, dilucidando

el carácter escondido de lo ominoso a partir de algo común a todos los casos” (2009: 220).

En nuestro comentario hemos fijado más nuestra atención en la primera parte, aunque no exclusivamente, y esto por un resultado que hemos aislado en la misma lectura (para hacer *spoiler*... la cuestión es que apostamos para pensar la clínica del aislamiento generalizado en la actualidad, por aquella fenomenología que en el texto de Freud se ve más bien vinculada a la vertiente de lo *Heimlich* en su acepción segunda, que según las búsquedas del autor se confunden con *Unheimlich*, que a aquello más abiertamente siniestro, que se encuentra en la segunda parte del texto). También nos gustaría dejar aquí señalado el resultado que Freud anticipa al inicio de su propio texto, en tanto una definición de lo ominoso en la que resalta algo inesperado: “es aquella variedad de lo terrorífico que se remonta a lo consabido de antiguo, a lo familiar desde hace largo tiempo” (2009: 220). Es decir, se trata de una experiencia en relación con algo al mismo tiempo conocido y sorprendente.

Por un lado, podríamos decir que, en relación con lo sorprendente, a lo ominoso, como extrae Freud de un psiquiatra llamado Jentsch, “sería siempre [...] algo dentro de lo cual uno no se orienta” (2009: 221). Es la vertiente de la angustia como la caída de las referencias, de los  $S_1$  que enmarcan, apuntalan, articulan, inician el encadenamiento en el cual el sujeto se localiza tanto en el espacio como en el tiempo. De allí que en “*El Atolondradicho*” Lacan introduzca el neologismo *Labiter*, con el que señala con la resonancia a la palabra *bite* (2012: 479 y 521) con la que en modo vulgar se designa al miembro masculino en francés, para ubicar los efectos que el significante fálico tiene sobre la posibilidad de una construcción estable del espacio (*stabitat*, dice Lacan).

Sin embargo, en esa desorientación, esa pérdida de orientación implica el establecimiento del juicio, la *aufhebung* primordial, que en este texto podemos ubicar en aquello que Freud llama lo conocido, lo habitual, lo doméstico, lo familiar. Y es que en el estudio que hace el

mismo Freud de la palabra *heimlich*, que atrapa algo en este sentido, descubre que en la lengua aparece ya algo inquietante cuando se demuestran formas de utilización de dicha palabra que llegan a hacerla decir lo contrario a algo orientador, más bien en el sentido de lo que no es tan tranquilizador de eso hogareño.

¿Deberíamos estar todos tranquilos porque estamos en casa? ¿Rodeados de todo aquello que nos es conocido? ¿Por qué de repente formas familiares se convierten en irreconocibles? ¿Se trata de algo que les falta, cuando se les mira de demasiado cerca, o es en realidad algo en más, lo que aparece allí, en el lugar más íntimo y cercano, lo que llega a tocar el cuerpo y el psiquismo para producir efectos de deslocalización, desorientación, y desorganización?

Es por ello que para ahorrarnos hacer el extenso y detenido recorrido que realiza Freud por los diccionarios, nos gustaría quedarnos con un ejemplo que toma él mismo más bien de la literatura. Se trata de una novela titulada *Los caballeros del espíritu*, escrita por un tal Karl Gutzkow -hasta ahora para mí inédita en castellano-. Allí lo que recorta Freud es un diálogo de la novela en el que se muestra este sentido antitético de la misma palabra:

Los Zecks [un patronímico] son todos heimlich. ¿Heimlich? ¿Qué entiende usted por heimlich? Pues me ocurre con ellos lo que con un manantial sumergido o un lago desecado. No se puede andarles encima sin tener la impresión de que en cualquier momento podría volver a surgir el agua. Ah, nosotros lo llamamos unheimlich; ustedes lo llaman heimlich. Pero... ¿en qué le encuentra usted a esa familia algo de disimulado o sospechoso? (2009: 223).

*Poéticamente el hombre habita*, el slogan filosófico que extrae Heidegger de Hölderlin quiere decir también, que los modos de habitar del



hombre están cifrados en aquello que el poeta ha podido atrapar en su vanguardia. Este ejemplo de Gutzkow no es para nada solamente una anécdota, una metáfora espeluznante que nos transmite una sensación de inquietud. También nos enseña algo sobre la lengua, se encarga de dejarlo ahí indicado. ¡No podría ser más indicado este recorte para definir la experiencia que he recogido de aquellos a los que escucho, cuando habiéndose restaurado mínimamente el acceso a la ciudad como tal, pisaron por primera vez las calles -más allá de las inquietantes salidas a hacer la compra, pasear el perro, o tirar la basura que habían estado sosteniendo hasta entonces-!

## De la ausencia a la presencia

“El tema no es que la ciudad esté vacía -me dijo un hombre en consulta- lo que me pone nervioso es que comiencen a circular coches, que todo vuelva a ser como antes”. Este y algunos otros testimonios en este sentido me hicieron pensar en la propuesta lacaniana del *Seminario 10* que he tomado para enmarcar este apartado.

Cuando he planteado al principio que nos referiríamos en el texto de Freud más bien a su primera parte, la del sedimentado en la lengua del término *heimlich*, y no tanto a la segunda, es porque en la segunda parte se plantea más bien, una inclinación en la continuidad ambigua del término hacia el extremo terrorífico podríamos decir, de la angustia, hacia lo abiertamente *unheimlich*. Es necesario un marco, lo conocido, lo familiar, a partir del cual “súbitamente, de golpe” (Lacan, 2006: 86) aparece lo *unheimlich*. Se trata de un momento de irrupción, el “levantamiento del telón” (2006: 86) como dice Lacan. Sin embargo, vamos a decirlo ya en este punto, la orientación de este pequeño escrito es indagar más bien sobre el *heim*, lo *heimlich*. ¿No se trata de eso en lo que hemos llamado esta clínica del aislamiento generalizado, de la

erradicación del “instante de ver”, que convierte el marco en una especie de sin-marco, o de marco al mismo tiempo estrecho y sostenido? ¿Llega acaso a producirse lo *unheimlich* como resultado de elevar a la enésima potencia lo *Heimlich*? Dedicaremos el último punto a tomar algunos recortes clínicos que parecen indicarnos que no parece esta una relación necesaria.

La lectura que hemos referido anteriormente de Lacan en dos páginas (2006: 86-87) maravillosas del *Seminario 10* nos dan, según nuestra lectura, alguna clave; y es aquella que va en la línea de lo que propone Miller en una indicación en su lectura del Seminario (Miller, 2007), en la que se nos propone que no se trata en este seminario de una promoción de la angustia como la angustia de castración, de aquello que falta, de lo que está por faltar o de una ausencia, sino de una presencia en más, de un goce extático del cuerpo. Lacan lo señala así: “Es el surgimiento de lo *heimlich* en el marco lo que constituye el fenómeno de la angustia, y por eso es falso decir que la angustia carece de objeto” (2007: 87).

Las formas de lo que se hace presente en el habitáculo de la espera extendida, es quizá el fenómeno más recurrente en estos momentos. El tiempo detenido, el transcurso de lo igual, aporta un recurso al sujeto que usualmente no le es permitido y este es el de la continuidad del trabajo. La errancia del Uno que mencionábamos anteriormente es también la iteración, con la que cuentan algunos sujetos en presentaciones clínicas con las que suelo trabajar en mi itinerario como lo son el autismo y las toxicomanías. No es gratuito me parece, que hayan sido estos, repetidas veces mencionados en los discursos políticos en la actualidad. Motivos para la indignación a veces, para la reivindicación otras. Una especie de histerización abrazando el Uno de la iteración que no se para a mirar el hashtag #quedatencasa. Quizá uno de los motivos esté anclado en el hecho de que en estos funcionamientos se revela lo más íntimo de cada uno, justo en el momento en el que el mundo se mueve de sitio.

Para abrir el múltiple espacio clínico obtenemos, en ese marco sin-marco nuevo, en el que ha de advenir lo *heimlich*, “lo trabajado por la espera” (2006: 86-87) como dice Lacan, “lo que ha virado hacia lo hostil” (2006: 86-87) remarca, señalando la connivencia entre la palabra francesa “huésped” y la palabra francesa “hostil” (en la raíz *hôte*) incluso añadiríamos la confusión que se produce cuando cambiamos al inglés y se produce el deslizamiento desde el significante que indicaba lo hostil y al huésped hacia el que se refiere al término “anfitrión” en *host*; no solo encontramos después de un tiempo graves padecimientos de la inquietud, sino importantes restablecimientos, o incluso inauguraciones para algunos sujetos de la vida en calma. No siempre entonces, el escenario del mundo ubicado en las gradas del teatro, el consiguiente velo, el tiempo de la espera, el clac, y lo que aparece, el corte, el surco de los significantes, y más allá, el presentimiento, y el desamparo, se mantienen en completo orden restringiendo los surgimientos de las presencias en momentos delimitados. Por ello, a la inversa en algunos sujetos encontramos el efecto de apaciguamiento cuando todo ese aparataje se ha desmembrado, y parece igualarse la esquizia sobre la imagen armónica del cuerpo nunca alcanzada, al funcionamiento mismo del mundo. En otras facetas de lo múltiple, el Uno sin angustia, el marco fractal, multiplicado, por la imposibilidad de sostener los tiempos que organizan los circuitos pulsionales nos muestran fenómenos de *a-angustia* -podríamos arriesgar- para aquellos que cada tanto ubicaban una referencia en *lo que no engaña* (Lacan, 2006: 86-87). En todo caso el hecho de que el sujeto permanezca *on hold* no implica una erradicación de la subjetividad, ni tampoco que contradigamos la lógica extraída en la propuesta lacaniana del *Seminario 11* (Lacan, 2006: 133) al respecto de la presencia del analista, irreductible por ser “testigo de esa pérdida”, que es el inconsciente como “certeza que yerra”.

Aquí ese “no pienso hacerme cargo de las estupideces del mundo” de Freud es un faro.

## Tres recortes clínicos

[1] Coordino y asisto clínicamente a sujetos consumidores de opiáceos en un programa que toma la forma de una Unidad Móvil. Se trata de un trabajo a pie de calle, que no se ha detenido en ningún momento, incluso durante los períodos de restricciones más férreos. Hace pocos días, en lo que podríamos llamar como un tiempo de transitar por el “lago desecado”, es decir, la llamada “nueva normalidad”, previo al momento actual en el que vuelven a haber rebrotes, una mujer dice: “Siempre he pensado que los yonquis tenemos una resistencia extra. Me gusta demasiado la metadona. No voy a dejarla nunca. Gracias a ella he podido salir cada semana durante la cuarentena. No conozco a ningún yonqui que se haya contagiado por el COVID”. Detalla luego la explicación que ha encontrado para ello. Su idea es la de que los yonquis fuman heroína mezclándola con cloro -aquí elide a aquellos que consumen por otras vías-, y el cloro al instalárseles en los pulmones hace que el virus en caso de llegar allí muera. Yo la escucho desde hace años. Tomo nota. Le digo, en esta ocasión, que me parece una idea curiosa, una idea que no nos hace sentir menos desamparados. La siguiente vez que la encuentro me dice que se ha propuesto de voluntaria en un dispositivo de alojamiento temporal para personas sin hogar mientras dure la alarma por la pandemia. Su manía ha reducido, está agotada pero contenta. Ha pedido una visita con su médico para bajar un poco la metadona, que la adormece. Parece referirse a un adormecimiento más bien subjetivo y no tanto del viviente, que más bien se presenta eufórico hasta ahora. Escribiendo este texto me resuena el significante “desamparados” que introduje en el intercambio, y su respuesta de alojamiento.

[2] Hace más de diez años colaboré en la creación de los dispositivos clínicos, centrados en el acompañamiento en la vida cotidiana, para la Associació TEAdir<sup>4</sup>. Aún me encuentro vinculado a este proyecto, de

<sup>4</sup> Se trata de una Asociación de familiares y amigos de personas con autismo que

manera cercana, en específico coordino un espacio de encuentro que está compuesto por dos grupos diferenciados más o menos por edades; uno para niños mayores y otro para jóvenes en edad adolescente con dificultades en el vínculo con los otros, muchos de los cuáles vienen con diagnósticos de Síndrome de Asperger, o trastornos en la conducta. Teniendo en cuenta los efectos que podía tener la interrupción del dispositivo, y no solo del dispositivo, sino de los circuitos habituales en general para estos sujetos, propusimos a las familias llevar el taller a un encuentro en formato virtual, utilizando una plataforma que ya algunos de ellos utilizaban. De estética oscura y algorítmicamente descarnada, nos encontramos allí con el grupo de jóvenes adolescentes para llevar a cabo un encuentro organizado a partir de sus intereses que acabaron siendo juegos de palabras. En algunas ocasiones los intervinientes intentaban variar las actividades, tropezando con la incomodidad de los chicos por ese empecinamiento, hasta que pudimos ubicar en reunión de equipo que se trataba de nuestra angustia y no la de ellos, en relación con la insistencia del Uno. Ha sido el *witz* el que nos ha salvado de insistir en esa posición poco maleable, poco amiga en esta clínica, por ejemplo cuando en una ocasión intentamos compartir pantalla para introducir el comentario sobre un cortometraje, y por un error cometido por el operador, en este caso uno de los intervinientes, entramos en una especie de infinito de ventanas al modo de lo que se produce cuando se coloca un espejo frente a otro. Los intervinientes -me refiero a los adultos que sostienen el taller- presentes en esa sala comenzaron a desesperar, escuchábamos nuestras voces colisionando con ese fondo infinito, hasta que dije citando a Lacan: “Lo único que quiero destacar es que lo *Unheimlich* se presenta en ventanillas” (*Seminario 10*, p. 86) y entonces nos reímos, pudiendo separarnos así de la insistencia y dejando

---

se creó en el 2010 como respuesta política a una avanzada en contra del psicoanálisis como opción al tratamiento de los autismos. En esta asociación se crean y sostienen dispositivos inspirados en la práctica entre varios. Tiene una publicación llamada *L'Atelier*.

lugar al encuentro posible. Eso siguió su curso hasta que en el cierre del trimestre que coincidió con el desconfinamiento, uno de los chicos preguntó: ¿Y cuándo nos volvemos a ver [y necesitó aclarar] en *carne y hueso*? De allí devino una invención, un taller que llamamos “Interval de carne y hueso”, en el que nos encontramos en espacios abiertos, con distanciamiento social, fuera -aparentemente- de los aparatos hiperconectados pero sin dejar de tenerlos en cuenta.

[3] En esta misma experiencia, en el caso del grupo de niños en edades pre-adolescentes no pudimos reproducir lo mismo. Los encuentros virtuales de manera grupal no fueron posibles. Sin embargo, con uno de ellos mantuvimos contacto por videollamadas, semanalmente, para seguir sosteniendo la función en la que ya habíamos consentido a insertarnos, de su modalidad *sinthomática*, que era la de hacer de escribientes de sus proyectos, de su *brainstorming* continuo alrededor de temáticas relacionadas al mundo de la creación de los videojuegos. Durante el confinamiento ese trabajo tomó una intensidad tal, que acabó por acelerar el movimiento de nuestro lado de hacernos con *lalangue* propia de un sujeto absolutamente reticente a interesarse en nada que viniese de los otros. De esta forma, ese vínculo a remoto para el que tuvimos que mostrarnos insistentes, debido a que este sujeto planteaba al inicio que prefería no vernos en la pantalla porque eso le recordaría que no podíamos vernos en persona, produjo la posibilidad de una torsión que en la actualidad se sostiene, de un interés por los otros inaugural, empezando por un interés sobre nuestra experiencia durante el confinamiento. El *lo-realismo* de este sujeto como el de aquel otro que nos convocaba a encuentros en carne y hueso, nos han servido de recordatorio para no quedar capturados en una nueva modalidad de automatón que podría tomar cuerpo con las pantallas.

## Pequeño cierre

Si hemos tomado el término “lo inhabitante” de Lacan es porque creemos que hay allí una indicación de lugar, al respecto del fenómeno de la angustia, para él, magistralmente cifrado en la noción, en el término *Heimlich*. En las páginas indicadas anteriormente del *Seminario 10* podemos leer:

Hay angustia cuando surge en este marco lo que ya estaba ahí, mucho más cerca, en la casa, Heim [es el huésped en el sentido de lo hostil domesticado y que ha permanecido] menos inhabitable que inhabitante, menos inhabitual que inhabitado. (2006: 87)

Este huésped hostil, este inhabitante de lo inhabitado, enseña que la negación deja su marca, que aparece en el “in”, pero no anula al “habitante” o “habitado”. Aquí, nos auxiliamos en la lengua inglesa en la que habitante se escribe “inhabitant” (aquí el “in” hace hincapié en el “dentro”, el que habita dentro, y sustituye la negación “un”, del término “unhabitant” que sería un neologismo equivalente al que usa Lacan en francés y Enric Berenguer en la traducción para el castellano).

Entonces, se trata de algo que aparece en donde debería haber una ausencia, una presencia que porta la señal de la falta que sustrae, que no logra negativizarle.

¿Sigue esta presencia extraña siendo equivalente a la función despejada por Lacan para el analista como semblante del objeto *a*? Nos quedamos con esta pregunta, aún.

## Bibliografía

Freud, S. (2006). “Tótem y Tabú”. En *Obras completas, tomo III*. Barcelona: RBA.

- (2006). Capítulo XII. “Determinismo, creencia en la casualidad y en la superstición. Consideraciones”. En *Psicopatología de la vida cotidiana*. Barcelona: RBA.
- (2009). “Lo Ominoso”. En *Obras completas, tomo XVII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lacan, J. (2005). *El Seminario, libro 5, Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2006). *El Seminario, libro 10: La Angustia*. Buenos Aires: Paidós.
- (2012). *Otros Escritos* (p. 479 y nota 9 en p. 521). Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J.-A. (2007). *La Angustia, introducción al Seminario X de Lacan*. Barcelona: Grados.
- Sánchez de Muniain, B. (1983). *Sigmund Freud*. Barcelona: Editorial Urbiión.